

HOSPITAL DE FUENLABRADA

Aún no sé cómo pudo haber sucedido, el caso es que me encuentro aquí, postrado en la cama, con pocas posibilidades de moverme, a causa de un intenso dolor en la zona abdominal cada vez que intento incorporarme.

La cuestión es que, mi tío Marcelo, había venido de América, donde vive como misionero en una pequeña aldea de la Amazonia, y se presentó en el pueblo para visitar a su madre -mi abuela- a la que no veía desde hacía tres años largos. Sólo pudo permanecer con nosotros un par de días, porque su corta estancia en Madrid -poco más de una semana- estaba plagada de compromisos que no podía eludir. Fue poco tiempo, pero muy intenso. Mi tío es una persona apasionante, de la que brotan continuamente historias llenas de interés, de su vida con las comunidades indígenas donde ejerce su misión.

Particularmente me impresiono la odisea de un viaje río arriba hasta llegar a una pequeña comunidad en la que había fallecido el sacerdote que la atendía. Prolijo en detalles, describía los peligros que le habían acechado tanto en la navegación por el río, como en el camino por la selva. Él daba permanentemente gracias a Dios por los tres indígenas que le habían acompañado, si su ayuda hubiera sucumbido con seguridad a las amenazas que continuamente surgían. Pero aquellos tres hombres conocían el terreno como la palma de su mano y sabían anticiparse a cada uno de los peligros.

Yo disfrute muchísimo con él y con sus relatos. Para todo lo que sucedía tenía una historia que le había surgido a lo largo de sus veintiocho años de trabajo en aquellas tierras. Y al marcharse, como corolario de una estancia fantástica, me invito a que el fin de semana siguiente fuera a Madrid, porque le habían regalado un par de entradas para ver a su equipo de fútbol -que también era el mío- y no encontraba mejor compañía que su sobrino para poder disfrutarlas.

Así fue como, no con demasiado agrado de mi abuela, el sábado por la mañana cogí el autobús para dirigirme a Madrid, donde mi tío me esperaba. El viaje fue emocionante. La perspectiva de compartir unas horas más con aquel hombre extraordinario, aderezada con la posibilidad de ver en directo al equipo de fútbol de mis amores, hacían de aquel viaje toda una aventura.

En la estación de autobuses, mi tío Marcelo me estaba esperando, tal y como habíamos convenido. Tomamos el tren para ir a Fuenlabrada. Mi tío residía allí en una casa que su congregación tenía abierta. El partido era a las nueve de la noche y teníamos tiempo más que suficiente para ir a comer y descansar.

Llegamos a la casa y salude a dos de sus compañeros, que residían en ella. Yo también me quedaría a dormir allí después del partido, para regresar al día siguiente con mi abuela.

Pero de repente, un fuerte dolor, casi insoportable, comenzó a aquejarme. Era la primera vez en mi vida que me sucedía algo así, o al menos que yo tuviera conciencias de ello, por lo que no podía dar ninguna razón que orientara a aquellos tres hombres de lo que me podía estar sucediendo.

Tremendamente preocupados, decidieron llamar a emergencias, mientras discutían sobre qué podía ser lo más adecuado a hacer conmigo. Quince minutos después llegó un médico que, tras explorarme, determinó enviarme al hospital más cercano, lo antes posible. Me bajaron a la ambulancia y me llevaron a Urgencias del Hospital de Fuenlabrada. Tras pasar algo de tiempo en un box, donde me hicieron algunas pruebas, me llevaron a quirófano ante la necesidad inminente de operarme.

Cuando desperté, me trasladaron a una habitación que compartiría con otro chico más o menos de mi edad. Lo habían operado de una hernia y se pasaba el día lamentándose de no participar en la final de los campeonatos nacionales de balonmano. Yo intentaba distraerme de sus quejas aferrándome a un libro que me había dejado mi tío, para que pudiera pasar mejor las largas esperas en el hospital, recomendándome encarecidamente que lo leyera porque sería una experiencia muy bella para mí.

Las Crónicas de Narnia de CS Lewis, me resultó una lectura apasionante y, cuando unos días después, mi salud se había recuperado a criterio de los médicos, y llegaba la hora de volver a casa, casi lo había finalizado.

Martín, uno de los compañeros de mi tío Marcelo, había quedado encargado de llevarme con mi abuela cuando se produjera el alta. Mi tío había tenido que regresar a su querida Amazonia. Me costó trabajo despedirme de él, lamenté haberle causado tantos inconvenientes, pero él, con su sonrisa habitual, me animó a continuar mi recuperación con toda la esperanza. ¡Cuando seas un poco más mayor podrás acompañarme en las vacaciones! -me dijo exhibiendo una gran sonrisa- ¡Si conseguimos convencer a la abuela, por supuesto! -añadió junto a una gran carcajada.

Me bajaron hasta el coche en una silla de ruedas y, en él, Martín me acomodó lo mejor posible para poder afrontar los más de cien kilómetros que distaban entre el pueblo de mi abuela y el Hospital de Fuenlabrada. Yo estaba contento, pero seguía aquejado de dolores que me impedían moverme con tranquilidad. La herida de la intervención todavía se cobraba sus peajes. No obstante, el viaje fue muy agradable porque Martín era un gran conversador. En eso se parecía mucho a mi tío.

Mi chofer había estado bastantes años en Etiopía, en una misión católica en una zona muy pobre. También acreditaba un buen número de historias realmente impresionantes,

vividas durante su estancia en aquellas tierras. Sin apenas darme cuenta, estábamos a la puerta de la casa de mi abuela, que me esperaba con enorme preocupación. Entre ella y Martín, me llevaron a la cama para que pudiera descansar.

Y aquí me encuentro, agradecido por todos los que me han atendido e impresionado por personas como mi tío Marcelo y sus compañeros, sin dejar de preguntarme ¿de que pasta están hechos?